



PABLO SALVAT B.

*Desde la percepción de la crisis permanente que sufre el paradigma modernizador, puesto en marcha hace ya quinientos años, Pablo Salvat, doctor en filosofía y director del Instituto de Educación para los DD.HH., elabora una propuesta que pone a los derechos humanos, particularmente en el ámbito latinoamericano, como fundamento ético para un nuevo paradigma político-cultural basado en la reciprocidad, el respeto del otro, el diálogo y el reconocimiento mutuo.*

# Una ética política para un nuevo orden cultural

**L**a reflexión actual sobre los nuevos caminos para la ética política en nuestro continente y su relación con el orden cultural deseado está enmarcada por **las demandas prácticas** provenientes de los nuevos movimientos sociales -de etnias, la defensa del medio ambiente, etc.- y **teóricas** en favor de un nuevo tipo de racionalidad o lo que se ha dado en llamar, la búsqueda de paradigmas alternativos.

## Crisis del paradigma modernizador

El origen de estas búsquedas e indagaciones reside en una percepción cada vez más extendida de que está en crisis el modelo de racionalidad y desarrollo puesto en marcha hace ya quinientos años, fruto de la modernidad occidental y capitalista. La novedad es que no pareciera representar, a estas alturas del siglo, solamente un tipo más de crisis, pasajera o meramente parcial. Existe la impresión de que lo que está en juego es el sentido profundo del paradigma modernizador.

Esta situación lleva a muchos a cuestionar el ideario del proyecto ilustrado, donde una razón autónoma, sin cortapisas ético-religiosas, se propone transformar y dominar el mundo en la senda de un hipotético progreso ilimitado e infinito, con la ayuda de la alianza entre capital, ciencia y técnica, y sin más limitantes que las dictadas por su propio autodesarrollo. El proceso de racionalización a que dio curso esta propuesta moderna de dominio y poder, no ha dejado de hacer sentir hasta el día de hoy sus consecuencias, tanto en el norte desarrollado como en el sur empobrecido.

Lamentablemente, de esta óptica

modernizadora del desarrollo socioeconómico y político-cultural, no pudieron escapar tampoco las realidades del llamado socialismo «real». Este se pensaba a sí mismo como la corrección de las desviaciones del paradigma, pero sin abandonar sus premisas centrales (más ciencia, más técnica, más poder, más producción). Y ello más allá de las cuotas de igualitarismo que haya podido lograr.

En la base de esta situación nos encontramos con una presencia histórica del principio de racionalidad formal-instrumental, preponderante en las esferas de la economía, la cultura o la política. ¿Qué significa esto? Significa que en el desarrollo unilateral de la razón moderna se pusieron de relieve de manera dominante sus caracteres orientados al cálculo, a la objetivación, a la homogeneización de lo diverso, funcionalizados según los valores de la utilidad, la eficiencia o el poder sobre las cosas y los otros.

## Desencanto, diversidad y secularización

La hegemonía de esta forma de racionalidad, desde la modernidad, sería el factor central causante del creciente «desencantamiento» (desacralización) del sustrato mágico-religioso de las imágenes del mundo, las que justificaban y legitimaban un sentido común compartido de pertenencia y comunidad con los demás y con la naturaleza.

Estos fenómenos, que para muchos reflejarían el modo occidental de vivenciar los efectos de esta situación, no han dejado de repercutir entre nosotros, a través de nuestra propia experiencia mestiza de modernidad. Tenemos que recordar que el pensamiento moderno llega a su auge en un momento en que se conjuga el «descu-



Hay que rescatar el sentido emancipador y libertario que contiene también la razón moderna

brimiento europeo de América con el desarrollo de movimientos como el Renacimiento, la Reforma o la filosofía de la Ilustración.

Nuestra asunción de la modernidad es más bien heterogénea, dadas nuestras peculiaridades culturales y nuestra historia como continente. Sin haber podido asumir las potencialidades emancipatorias del universo de ideales modernos, que significaban mayor libertad, autonomía y autodeterminación, participación política, etc., han primado en el continente las distintas versiones de los procesos tendientes a modernizar las instituciones económicas y/o sociopolíticas, sin tomar en cuenta las implicancias y resultantes, por ejemplo, para el mundo de la cultura (mestizo y/o aborígen). Debido a ello, tenemos una crisis político-cultural que vivenciamos y que se muestra en fenómenos como el narcotráfico, el poder de los **mass-media**, la falta de proyectos de cambio creíbles, la discriminación racial y cultural, la fragilidad de nuestras democracias aún elitistas, las desigualdades que profundiza el neoliberalismo, etc.

En la época moderna se ha perdido (con diversos matices, por supuesto) la unidad entre sentido de la vida y vida. Esta podría ser la verdad de lo que acontece en nuestro tiempo. Hay un estallido de la diversidad, un reclamo contra la forzada homogeneidad

de una razón reductora e instrumental. Pero esto no puede llevar a sentar en el tribunal de los acusados a la misma razón humana. Si ya no hay más sentido consagrado desde una visión de la trascendencia, si la razón instrumental ha erosionado un universo de significados compatibles, es claro que se posibilita la revalorización de lo distinto, de lo diferente, a partir de una autocrítica de la misma desviación reductora de la razón moderna y su correspondencia con una economía capitalista. La destrucción de lo trascendente es obra de la misma lógica económica predominante, orientada al lucro y la ganancia; es obra del poder político funcionalizado en torno a su propia perpetuación, de cualquier signo que sea.

Por ello, ese desencanto tiene mucho que ver con la pretensión de hacer del principio de racionalidad formal (limitado, parcial, reductor), el principio ordenador del conjunto de nuestra experiencia social, que relega y subordina las exigencias que vienen de la razón práctica, es decir, la posibilidad del reconocimiento del otro como otro, en su identidad y su diferencia, en su sufrimiento o su felicidad, en sus deseos y aspiraciones.

La construcción de la política moderna ha ido de la mano también de ese proceso de secularización, lo que significó su progresiva autonomización de cualquier fundamento ético o religioso. El devenir moderno restringe la política, cada vez más, a ser expresión de una lógica burocrático-administrativa de las relaciones de poder existentes. Por eso la crisis de la política se muestra, entre otras cosas, como crisis de su legitimidad, y ésta remite, a su vez, a una crisis de fundamentos. Se hace necesario, en función de una nueva racionalidad política y también en relación al tema que aquí nos ocupa, generar otro orden cultural y una redefinición no sólo de la democracia, sino también de lo político. Y en esto, es la reflexión sobre los fines y los valores lo que está a la orden del día.

Superar las fracturas de la racionalidad moderna supone no botar el agua de la bañera con la guagua. Para esto no hay necesidad de partir de una negación total de los ideales emancipatorios presentes en la empresa de la Ilustración y su herederos,

